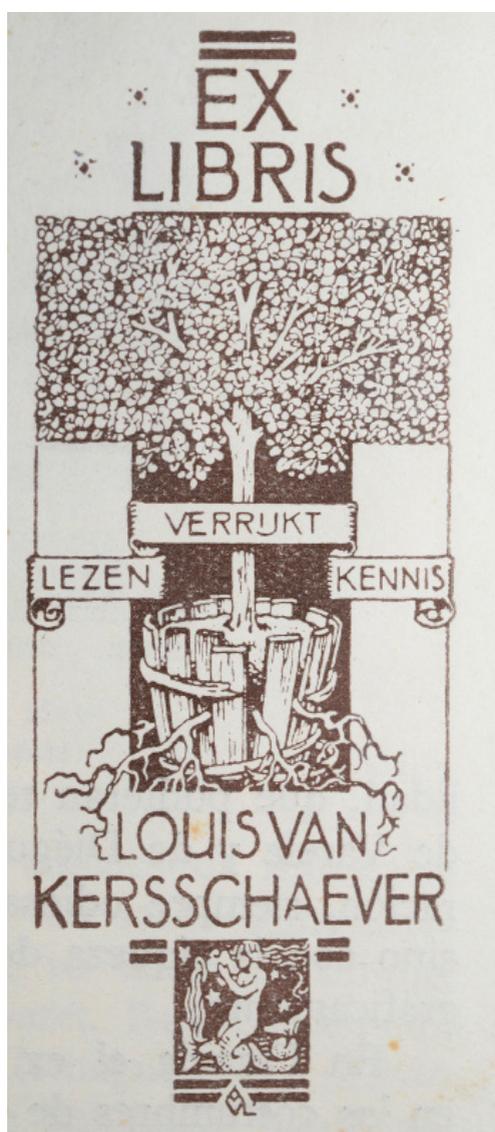


## LA OTRA MITAD

Sebastián Mejía R



**L**erencio Mauro, gramático del siglo segundo antes de Cristo, se refería a la suerte de los libros con esta sentencia: Pro captu lectoris habent sua fata libelli (Según la capacidad del lector, los libros tienen su destino). Y bien, si los libros cumplen un destino, es entonces el deber del bibliómano encaminarse hacia él.

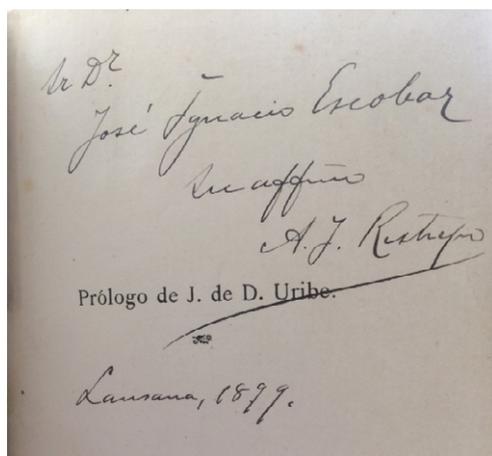
Esta es una historia de tres coleccionistas sin fortuna caminando una mañana por Junín. Comienza cuando uno de ellos se quedó unos pasos atrás de Rodrigo y de quien esto escribe. Nos deleitábamos hablando de hallazgos bibliográficos y de búsquedas, especialmente de una que nos obsesionaba en aquel momento:

“El libro fue perseguido por Miguel Antonio Caro, quien, convertido en el poder en la sombra durante el primer periodo de Sanclemente, hizo de aquella perse-

cución una de sus misiones principales. Esa caverna goda que fue aquel gramático, decomisaba todo ejemplar de la obra declarado en las aduanas, impidiendo su entrada al país y su posterior comercialización. Se cree que los únicos ejemplares que sobrevivieron a la purga entraron con la complicidad de los pocos amigos del autor, a quienes encomendaba, desde el exilio, la tarea de ponerlos, con toda discreción, en manos de sus amigos y familiares. Conozco de la existencia de no más de diez, y sobra decirte la alegría que sería para mí adquirir uno de ellos”.

La tarde concluyó entre empanadas de hojaldre, café y ambiciones rotas compartidas entre tres lectores que no tenían nada más provechoso que hacer aquella tarde.

Continuamos con nuestras adquisiciones normales: tres tomos de Lectura Semanal, de Eduardo Santos, donde se publicaban tempranas traducciones locales de Maeterlinck y Wilde; números sueltos de la Biblioteca Apolo, con sus cubiertas en papel de color, y un par de adquisiciones misceláneas, donde aparecen a veces gratas sorpresas, traspapeladas entre folletos de poca importan-



*Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.*

cia. Y fue así como en una de estas compras, que pudiéramos llamar aleatorias, de rebusque, de lanzar el anzuelo a ver qué cae, entre folletería de temática militar, pedagógica y política, encontré las cuarenta y ocho primeras páginas de aquel libro mítico, del que apenas días atrás le hablaba en Junín a mis cofrades. Observé sus páginas una a una, y en la segunda, en una hoja de cortesía, apenas impresa con un fragmento del título, leí la siguiente dedicatoria en tinta negra: “Al Sr. Dr. José Ignacio Escobar, su afmo amigo A. J. Restrepo. Lausana. 1899”. Un sabor agridulce se me combinaba entre los dientes... La alegría de tener dedicado una décima parte de un libro inhallable, se enfrentaba a la certeza triste de saberlo incompleto.

Transcurrieron un par de semanas. Días después recibí una llamada del tercer caminante, quien muy amablemente, como suele hacerlo con regularidad esa rara especie de los bibliófilos, me invitaba a compartir un café en su inmensa biblioteca:

“Mira”, me dijo. “¿No será este el ejemplar del que hablabas la semana pasada? Te escuché decir cosas de su rareza, y tengo la fortuna de poseerlo, te lo comparto”.

Abrimos el libro. Era en efecto aquella rara edición. Leímos el título y todo coincidía con la descripción general que, de oídas, conocía del mismo: Antonio José Restrepo. *Poesías originales y traducciones poéticas*, con un prólogo de Juan de Dios Uribe y una carta-prefacio de M. Ed Harau-court. Lausana. Imprenta de Georges Bridell & Cía, 1899.

Ojeamos una a una sus primeras páginas, numeradas en romano; el libro conservaba su cubierta original en papel marrón. Cuál sería entonces nuestra sorpresa al notar que el ejemplar, después de la cubierta, iniciaba con el texto trunco, en la página XLIX. No dimos importancia a aquel impase.

Aun así, lo comentamos y celebramos, para terminar aquel

encuentro matutino, concluyendo que era el espíritu anticlerical, las burlas a los gamonales y un buen tiple al hombro, la única esperanza para este país sin memoria. Nos despedimos y no pude borrar de la mente aquel número en romano con el que comenzaba el ejemplar ajeno: XLIX....

No se trataba entonces de hallar un segundo tomo para completar un juego, como suele suceder continuamente a los cazadores de libros. No estábamos ante el reto de buscar tortuosamente el tomo segundo de las *Memorias Histórico-Políticas*, de Joaquín Posada Gutiérrez, publicado dieciséis años después de la impresión del primer tomo; o el tomo segundo de las poesías de Caro y Vargas, en la edición de Ortiz de 1857, o el tomo segundo del *Examen Crítico*, de Mosquera, o el segundo tomo de la *Amazonia Colombiana*, de Demetrio Salamanca. No.

El nuestro era un reto aún mayor: encontrar las XLVIII primeras páginas de un libro que rara vez se sabía completo en la bibliografía nacional.

Aquel día llegué a casa conducido por un grave presentimiento; abrí aquel tomo misceláneo para cotejar mi sospecha: mi ejemplar

incompleto, a pesar de sus recortadas márgenes, que reducían notablemente su formato original, coincidía perfectamente con el ejemplar incompleto del tercer caminante.

Pedí ansioso un nuevo encuentro, esta vez con la prueba de aquel evento providencial en mano. Acercamos los dos ejemplares esperando ser empujados por alguna fuerza sobrenatural, como aquella que atrae a las almas separadas al nacer, según leemos en el mito platónico relatado en El Banquete, o como aquella que imantaba las dos mitades separadas de los talismanes mágicos de los cuentos orientales... ningún calificativo describía con exactitud la sorpresa de ambos: habíamos encontrado, años después, dos mitades de un libro que no tenían posibilidad estadística de volver a encontrarse nuevamente. El tercer caminante, escéptico, examinó de nuevo ambas mitades y exclamó con aire borgiano:

“Si Dios es una forma del azar, estamos ante su entera e incuestionable presencia”, dijo solemnemente.

Convencidos de haber sido elegidos por ese vago y desteñido honor de vivir para los libros,

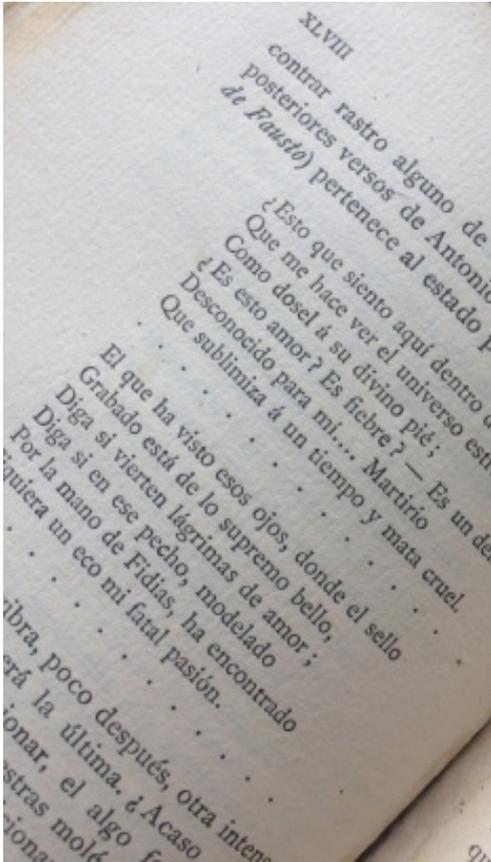
nos dimos entonces a la tarea de hallar un buen encuadernador que uniera de nuevo las disparejas mitades. Así se hizo, y respetando las dimensiones desiguales de una y otra mitad, hicimos de dos fragmentos un único ejemplar. El hábil encuadernador lo desdobló de entre un paño. Allí estaba: limpio de tachones, revestido incólume; resplandeciente. Tanto, que podíamos apreciar tras el texto impreso, el verjurado simétrico y prominente del papel, badana color rojo delicadamente chiflada, letra en dorado, nervios remarcados, papel marmoleado color café y punteras redondeadas, fue finalmente la túnica ceremonial dispuesta para revestir aquel milagro.

Nos cuestionamos mucho acerca del hecho de hacerlo encuadernar, pues unir ambas mitades quitaba toda luz de veracidad a la historia. Ya nadie creería que se trataba de dos mitades huérfanas y separadas de un mismo libro, cuya unión conjuramos una tarde de caminata por Junín.

Hoy ponemos la historia por escrito, no buscando credibilidad, ni adeptos, sino seguros de que Tique, la vieja diosa de la fortuna de nosotros los profanos, ronda todavía por allí, devolviéndonos la

fe en el mundo a quienes solo podemos entenderlo a través de los libros.

Medellín, diciembre de 2018



Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.



N°25  
BOLETÍN CULTURAL  
Y BIBLIOGRÁFICO  
ESCRITOS DESDE LA SALA